

donde nace el sol, había un oratorio donde adoraban los reyes, cuando allí se hallaban; era hecho de piedra y cercado con una muralla no muy grande; de aquella muralla salía un terrado de seis pies de ancho, con otra cerca fundada sobre él y, en el de ella estaba el asiento donde el rey hacía su oración. Este asiento era hecho de una sola piedra de once pies de largo y siete de ancho; y en ella había dos asientos (que por ventura era el segundo para la reina, que era la más principal de sus mujeres); solía estar toda aquella piedra muy adornada de muchas y ricas joyas de oro y piedras de mucho valor y precio. En este terrado y otros hallaron los españoles después mucha cantidad de oro. A las espaldas de este templo estaban los palacios de estos reyes y otros edificios y aposentos grandes y depósitos llenos de armas y ropa fina y otras cosas preciosas, y allí también se guardaban los tributos que daban los vecinos de aquella comarca de Vilcas, que era una población muy grande y cabeza de aquella provincia. En la plaza que estaba allí había otro asiento en medio de ella, de donde miraban los reyes las fiestas y juegos que se solían hacer; pasaba por ella una acequia muy hermosa; tenía unos baños muy bien hechos, donde los señores y señoras se bañaban. Dicese que para servicio de este templo había determinados cuarenta mil hombres, personas que por sus tiempos y veces tenían de todas las cosas necesarias cargo.

CAPÍTULO VI. *En el cual se prueba, con lugares de escritura, el intento pasado; y cómo estos indios, sobre todas las naciones del mundo, tuvieron este uso de edificar templos y levantar altares en las sierras y cumbres altas*



DE DONDE YO TOMO MOTIVO para afirmar que fue costumbre muy antigua y frecuentemente usada en el paganismo y gentilidad levantar altares y edificar templos en las cumbres de las sierras y lugares altos. Cuando las historias antiguas y modernas de hombres sabios y fidedignos no nos lo afirmaran, lo deduzgo e infiero de inmensos lugares proféticos, que se refieren en la Sagrada Escritura; de los cuales es uno el de Oseas,¹ donde quejándose Dios de su pueblo, viendo su ingratitud y lo mal que le pagaban obras tan a manos llenas comunicadas, y que en pago y agradecimiento de tan soberanos beneficios le volvían el rostro y lo daban al demonio, como corrido y afrentado de tan grande ingratitud, les dice: Una maldad no puedo callar de mi desagradecido pueblo, y es que en las cumbres de los montes y en los cabezos de las sierras se atreven a sacrificar al demonio, con ofensa y ultraje mío, debajo de la encina del olmo y terebinto.

Dos cosas se ofrecen que notar aquí, la una como para sacrificar al demonio se iban a los lugares altos y encumbrados y en ellos hacían sus altares y templos al demonio, que es lo que vamos probando. Y lo segundo, que

¹ Os. 4.

no sólo se contentaban con darle casa y sitio en aquellos lugares, sino que añadían, por más honra, enramarle las casas y sembrar los sitios de arboledas, entre los cuales era uno la encina. La cual en aquellos tiempos era suerte de los vencedores y se aplicaba a ellos. Y así San Isidoro en sus *Ethimologías*² dice, que daban en ella respuestas los demonios y de ellas hablaban a los hombres y así era árbol consagrado a Júpiter, como dicen algunos; y la razón debe ser porque como este árbol es muy durable y permanente por muchos siglos, como el mismo San Isidoro lo dice, en el mismo libro y capítulo citado de la encina, debajo de la cual hizo su habitación Abraham, por lo cual llamaron aquel lugar el Valle de las Encinas, que duró desde aquel tiempo hasta el del emperador Constancio, que fue muchísimos años después del santísimo patriarca Abraham. Y la deidad que atribuían, aunque falsamente a Júpiter, la consideraban eterna, atribuíanla al que más se le parecía, que es la encina. Y como dice Estrabón,³ tenían los antiguos por mal agüero que cayendo granizo o rayo hiriese las encinas, como parece muy claro en una égloga de Virgilio,⁴ tratando de un mal suceso y acaecimiento, donde dijo que lo había pronosticado una encina herida de un rayo por ordenación del cielo.

El segundo árbol era el olmo, aunque no lo aplicaban a los lugares altos, por razón de que dice San Isidoro, que no se da tan vicioso y fresco en los lugares altos y encumbrados; mas al fin los sembraban y ofrecían al servicio de sus dioses en los lugares húmedos adonde ellos se acopan, extienden y lozanean y quedaban por ofrenda del demonio, de el cual daba sus respuestas como la recibió Thyaneo, según dice Filostrato,⁵ y lo nota Genebrardo.

El tercero es el terebinto, el cual es agradable y apacible, que se viene a la vista como dice Plinio, y se refiere en el primero libro *De los reyes*,⁶ llamándole en un lugar el Valle de los Terebintos. De manera que no sólo se saca en limpio de este lugar que sacrificaban a los demonios los hebreos, a imitación de gentiles idólatras, en los montes y sierras,⁷ sino que también adornaban los lugares con arboledas y florestas, con lucos y bosques, que es lo que arriba dijimos y dejamos probado. También dice San Gerónimo sobre San Matheo y lo refiere el Incógnito, que tenían los judíos al pie del monte Moria un ídolo llamado Baal, en un valle de muchas aguas y montuoso, muy agradable y apacible, lleno de mucha recreación en el cual antes los gentiles le adoraban. La misma prueba tenemos en el profeta Isaías,⁸ donde quejándose Dios de su desagradecido pueblo toma metáfora de una mujer casada, que faltándole la fe que a su esposo debe, no sólo se desvergüenza a pecar en lugares oscuros y secretos, sino que puesta en público comete públicamente adulterio. Y así dice Dios: Es ésta mi república y pueblo, que no sólo peca en ofensa mía en los lugares ocultos y secretos,

² Div. Isidor. lib. 17. Ethymol. cap. 7.

³ Strabon. lib. 8.

⁴ Virg. Eglog. 1.

⁵ Lib. 1. Chron.

⁶ Plin. lib. 13. cap. 6.-1 Reg. 17.

⁷ Ier. 7, 31.

⁸ Isai. 65.

como son los rincones de sus casas y lugares llanos, sino en los altos y eminentes, donde de todas las partes son vistos, imitando a los ciegos hombres que con obstinada ceguera adoran a los demonios por dioses. En el cual libro *De los reyes*,⁹ se hace mención de estos atrevimientos y desacatos cometidos contra la alta majestad de Dios, tratando del impío y pésimo rey Achaz, del cual dice que siguiendo la maldad de otros sus antecesores, sacrificaba y ofrecía incienso al demonio, en los montes altos y en los collados, entre árboles y bosques coposos y frescos. Y en el capítulo siguiente dice,¹⁰ que corrió tanto esta maldad que no quedó ciudad, villa, ni castillo, en todo el reino, en que ya públicamente no levantasen altares y construyesen templos en los collados y alturas de las sierras, para honrar y venerar en ellos al demonio, imitando las antiguas gentes idólatras. Y allí va expresando los pecados graves que cometieron, los dioses que adoraron, los ídolos que fundieron, los altares que levantaron y lugares altos donde los constituyeron y los lucos y bosques que sembraron, todo a fin de adorar al demonio a imitación de los gentiles, de cuyas malas costumbres aprendieron éstas.

Por lo dicho parece claro cómo este modo de adoración, en lugares altos, en montes y collados, fue muy usado entre las gentes antiguas, de donde también tomaron los del pueblo de Dios costumbre de hacer lo dicho y otras cosas malas, apartándose de su divino culto y entregándose al del demonio, haciendo lo mismo y levantando los altares excelsos, aras y templos en los mismos sitios y lugares que los gentiles.¹¹ Y aunque por lo referido en éste y otros capítulos antes de éste, se conoce haber sido los gentiles de aquellas antiguas naciones muy cultores de sus dioses, buscándoles lugares altos y vistosos para adorarlos y servirlos. Estos de este nuevo mundo fueron tan dados a este modo de adoración y levantar altares, y templos, que en esto parece haber excedido a todos los del mundo;¹² porque ha sido tan usado entre ellos que apenas se hallará sierra, ni lugar alto, donde no haya señal de algún templo o altar, mostrando sus ruinas haberlo habido allí en algún tiempo.

CAPÍTULO VII. *De diversos lugares donde los antiguos gentiles edificaban templos a sus dioses y los intentos que para ello tenían y las formas y hechuras de ellos*



AS COSAS QUE NO ACASO, sino a consejo se hacen, siempre tienen un intento y fin, porque de lo contrario se seguiría no seguirse los hombres por razón, sino por solo un instinto natural que los otros animales irracionales tienen. Por lo cual digo que si vieron los pasados la general idolatría de los hombres y los presentes leemos lo que ellos nos dejaron escrito de ella, hallamos por cosa averiguada haber adorado al demonio,

⁹ 4. Reg. 16.

¹⁰ 4. Reg. 17 y 23, 5.

¹¹ Maximo Tyrio disertat. 38. Herodoto lib. 1. cap. 131.

¹² Acosta lib. 5 de Procur. Salute iun. cap. 5.